

## RESEÑAS

### DIALÉCTICA Y CIENCIA EN ARISTÓTELES

#### UNA REVISIÓN DE LA LITERATURA EN TORNO AL PROBLEMA

GERMÁN MELÉNDEZ  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
gamelend@bacata.usc.unal.edu.co

#### 1. "Del axioma al diálogo"

La incesante labor de interpretación y reinterpretación de la historia del pensamiento suele estar expuesta a la influencia de las grandes tendencias que marcan el paso coetáneo de la filosofía en su desarrollo sistemático. Dicha influencia suele hacerse sentir de muchas maneras. Ella se ve reflejada, por ejemplo, en el descubrimiento o redescubrimiento de aspectos anteriormente ignorados o subvalorados, o en una nueva distribución del énfasis en los viejos temas, o en la claridad con que parecen quedar ahora resueltas viejas dificultades en la comprensión de los textos clásicos, o también en el surgimiento de nuevos problemas allí donde se creía que todo estaba relativamente claro.

Por otra parte, no es infrecuente que los desarrollos sistemáticos en filosofía encuentren inspiración, o busquen sustento o confirmación en un trabajo previo de reinterpretación referido a algún (o a algunos) capítulo(s) de la historia del pensamiento. Hay además, claro está, pensadores que trabajan simultáneamente en ambos frentes, el sistemático y el histórico, logrando la compenetración de uno y otro. Piénsese, por ejemplo, en la importancia de la interpretación que de Aristóteles hiciera el joven Heidegger en el camino hacia la formulación de su contribución sistemática al desarrollo de la hermenéutica. O piénsese en el caso del mismo Aristóteles, quien solía anteponer a su tratamiento de los más diversos problemas una interpretación de la manera como estos últimos habían sido ya formulados y abordados por sus antecesores.

El destino de la exégesis de la obra de Aristóteles en este siglo que llega a término no constituye una excepción con respecto a todo lo anterior. A la exégesis del pensamiento aristotélico le ha correspondido servir aquí de fuente y allí de eco de algunas de las corrientes del pensamiento contemporáneo. Esto es, como se verá, particularmente cierto en el caso de la reinterpretación del papel y estatuto de la dialéctica en el pensamiento de Aristóteles. Sin embargo, antes de documentar para este caso en cuestión el vínculo aludido entre desarrollos exegéticos y desarrollos sistemáticos, se hace necesario lanzar una rápida mirada a los dos principales capítulos en la historia reciente de la recepción de la dialéctica aristotélica.

El trabajo de interpretación en torno a este aspecto de la obra de Aristóteles ha experimentado un perceptible viraje en el transcurso de este siglo. Se ha pasado del predominio inicial de un tratamiento poco obsequioso en el momento de determinar los alcances epistémicos y la relevancia científica de la dialéctica, a la ulterior prevalencia de un estudio más atento y deferente de la dialéctica aristotélica en lo que atañe a su valor para la empresa del conocimiento. Se tenía, en efecto, durante la segunda mitad del siglo pasado y durante la primera del presente, una interpretación dominante que daba poca o ninguna cabida a la dialéctica en la constitución de la ciencia aristotélica y que propagaba, a la vez, a nombre de Aristóteles, una exaltación del ideal demostrativo como encarnación exclusiva del conocimiento científico. Como destacados representantes de esta ortodoxia exegética puede nombrarse, en orden cronológico, a estudiosos como Prantl y Grote (en el siglo pasado) y a Hamelin, Solmsen y Ross (en la primera mitad del presente)<sup>1</sup>.

Esta interpretación, que por comodidad denominaremos *ortodoxa*, se hizo acompañar de una concorde concepción del desarrollo filosófico de Aristóteles. La obra de F. Solmsen (*Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rhetorik*, Berlín, 1929: *El desarrollo de la lógica y la retórica aristotélicas*), escrita bajo la supervisión de Werner Jaeger, puede tomarse como el más elaborado y el más representativo intento de reconstrucción de dicho desarrollo. Concentrándose en el estudio del *Organon* y de la *Retórica*, Solmsen sostiene que la exposición detallada que los *Analíticos* ofrecen de los ingredientes y estructura de la deducción (en general) y la demostración (en particular), refleja un abandono de su previa adhesión a la dialéctica como método de investigación. En otras palabras, el ascenso del ideal demostrativo de ciencia tuvo como necesaria contrapartida una devaluación de la dialéctica, precisamente en la forma en que esta última había sido sistematizada por el mismo Aristóteles en los *Tópicos*. Esta entronización del ideal demostrativo tuvo lugar, según Solmsen, después de que, en un estadio previo, dialéctica y demostración coexistieran en el pensamiento de Aristóteles en pie de igualdad como dos aplicaciones metodológicamente diversas del *sullogismos*, de la deducción<sup>2</sup>. Después de este período de coexistencia, Aristóteles habría llegado a plantear una relación de concurrencia y oposición entre un modelo demostrativo y un modelo dialéctico de ciencia. Ante la presunta disyuntiva entre uno y otro, Aristóteles habría optado por el primero y conminado al segundo a la obsolescencia<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cf. Prantl (1855) pp.94-5; Grote (1872), p.207; Hamelin (1920), p.230; Ross (1959: 11923), p.61; Solmsen (1929) p.195.

<sup>2</sup> Solmsen (1929) p. 37.

<sup>3</sup> La equiparación terminológica entre argumentación científica y argumentación demostrativa que Aristóteles establece en los *Segundos Analíticos*, su tratado sobre la demostración científica, y el reiterado contraste entre los rasgos de la argumentación demostrativa y la argumentación dialéctica a lo largo y ancho del *Organon*, por el otro, ofrecen un obvio y fuerte sustento a esta interpretación.

Sin entrar por lo pronto en mayores detalles, puede decirse que esta vertiente exegética, de la que hemos tomado a Solmsen como autorizado representante, refuerza tácita, cuando no expresamente, una persistente y muy difundida imagen del razonar científico en Aristóteles como un tipo de razonamiento francamente monológico (en oposición a dialógico), asertórico (en oposición a interrogativo), categórico (en oposición a problemático) y conclusivo (en oposición a tentativo). A la luz de esta interpretación, la ciencia aristotélica sería, en una palabra, *apodíctica*. Lo sería, sin embargo, ya no sólo en el sentido original de ser demostrativa (*apodeixis* es el vocablo griego que se suele vertir al castellano como *demostración*), sino también en el sentido que este concepto ha adquirido luego en el lenguaje filosófico, a saber, como sinónimo de incuestionable, inobjetable<sup>4</sup>.

Pues bien, a esta interpretación ortodoxa, claramente prevaleciente hasta entrada la década de los sesenta, se ha venido oponiendo una (hoy ya larga) serie de intérpretes, interesados en rescatar a la dialéctica aristotélica de la marginalidad a la que venía siendo relegada, y en corregir, por ende, el énfasis unilateral en el (por lo demás, innegable) componente demostrativo de la ciencia aristotélica. En contra del planteamiento de una relación de franca oposición y exclusión, y en defensa de una cierta relación de complementariedad entre ciencia y dialéctica, se han pronunciado autores como Ch. Thurot (ya en el siglo pasado), R. Robinson, J.M. Le Blond (en la primera mitad del presente), E. Weil, W. Wieland, G.E.L. Owen, P. Aubenque, J. Barnes, M. Nussbaum y T. Irwin (en la segunda mitad del siglo)<sup>5</sup>. No todo lo que dentro de esta corriente exegética se ha propuesto a manera de correctivo de la mencionada ortodoxia significa un debilitamiento *integral* de la noción compleja de lo apodíctico, cuyos diferentes componentes mencionábamos hace un momento (lo monológico, lo categórico, lo conclusivo, etc.). No deja de ser cierto, sin embargo, que en esta corriente de rehabilitación de la dialéctica en Aristóteles se aloja una tendencia natural a rescatar, como parte de una imagen menos restrictiva de la ciencia aristotélica, al menos alguno (o algunos) de los rasgos contrapuestos, bien sea aquello que de problemático o de inconcluso<sup>6</sup>, bien sea (en los autores más decididos a una revisión radical) aquello que de interrogativo y dialógico pudiera detectarse en la ciencia aristotélica<sup>7</sup>. Como se lo viene insinuando, a

<sup>4</sup> Dicho sea de paso, el ideal moderno (cartesiano) de certeza pudo haber contribuido grandemente a la consolidación de esta interpretación de lo apodíctico.

<sup>5</sup> Cf. Thurot (1860), Robinson (1930), Le Blond (1939), Weil (1951), Wilpert (1956/7), Wieland (1960-61), Owen (1961), Aubenque (1962), Barnes (1969), Evans (1977), Barnes (1980), Nussbaum (1982), Irwin (1988), Bolton (1990).

<sup>6</sup> Cf. por ejemplo Aubenque (1960).

<sup>7</sup> Cf. por ejemplo Hintikka (1993).

esta nueva imagen se llega haciendo más fluidas las fronteras entre dialéctica y ciencia (demostrativa) en Aristóteles<sup>8</sup>.

A este asunto volveremos. Baste aquí la mención de un ejemplo reciente y significativo del giro que ha venido teniendo lugar en la apreciación de la ciencia aristotélica. Al final de la *Introducción* a su voluminoso comentario de los *Analíticos Segundos* (el último comentario de envergadura a esta obra, hasta donde llega mi conocimiento<sup>9</sup>), el estudioso alemán Wolfgang Detel escribe lo siguiente:

Si las anteriores reflexiones acerca de diferentes aspectos importantes de los *Analíticos Segundos* son correctas, entonces se puede dejar sentado para finalizar que la teoría aristotélica de la ciencia no apunta hacia un aseguramiento fundametalista [*fundamentalistisch*] y definitivo del saber. Ella confía, sin duda, en el éxito del esfuerzo humano en busca del saber, pero es lo suficientemente modesta como para llamar, a la vez, la atención acerca de la posibilidad de muchos tipos de errores científicos, de los cuales algunos de los más importantes no pueden ser excluidos definitivamente. Quizá tiene Lakatos razón al afirmar que por siglos se ha entendido por saber el saber demostrado [*bewiesenes Wissen*], y quizá haya hablado él conscientemente sólo de siglos y no de milenios (y en ello tenga también razón) (...) Con ello habría lanzado una conjetura en el debate a la que también se llega a partir de la interpretación de Aristóteles esbozada en estas consideraciones introductorias, a saber, la conjetura de que podría ser en extremo interesante preguntarse cuándo y bajo qué circunstancias habría surgido y se habría vuelto determinante en la historia del pensamiento la infortunada y excesiva [*überzogen*] idea de una identificación del saber con el saber demostrado, y que -si se habla tan sólo de siglos- es posible figurarse sin dificultad motivos claros de fuerzas influyentes en el medioevo y en la temprana modernidad que podrían haber tenido el mayor interés en dicha idea. Pues es mucho lo que habla a favor y poco lo que habla en contra de que Aristóteles, en todo caso, no adhirió a tal idea, y sólo después fue declarado su autor por razones de propaganda; su propia teoría de la ciencia, tal y como la expuso en los *Analíticos Segundos*, subrayó, en efecto, en varios respectos, la fragilidad de todo conocimiento humano<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Así, por ejemplo, la conocida obra de Aubenque (*El problema del ser en Aristóteles*, 1962) presionaba ya claramente en esta dirección cuando insistía en una clara conexión entre dialéctica y filosofía primera (si bien a los aspectos interrogativo y dialógico no se los destaca, en mi opinión, de manera proporcional).

<sup>9</sup> Aristoteles, *Werke in deutscher Übersetzung*, Band 3, Teil II, *Analytica Posteriora*, Erster Halbband, Akademie Verlag, Berlin, 1993.

<sup>10</sup> Op. cit. p.333.

No es éste el lugar para seguir el hilo de esta conjetura, en busca de los desarrollos históricos que condujeron en un primer momento a la consolidación de lo que más arriba he denominado como concepción apodíctica de la ciencia aristotélica. Quisiera, no obstante, para así regresar finalmente a las observaciones que daban inicio a este ensayo, referirme brevemente a los más recientes desarrollos filosóficos sistemáticos, que han propiciado un cierto distanciamiento de dicha concepción apodíctica y una correspondiente rehabilitación de la dialéctica.

Pues bien, a la primacía de la descrita concepción apodíctica de la ciencia aristotélica a comienzos de este siglo podría interpretársela, ya que no exclusivamente, sí al menos en parte, como una predecible extensión, en el campo de la historiografía de la filosofía, de las entonces incontroladas pretensiones expansivas de un concepto estrecho de racionalidad científica a expensas de otras formas de racionalidad. Sin embargo, como es bien sabido, este expansionismo de naturaleza excluyente se ha convertido, de algún tiempo para acá, directa o indirectamente, en uno de los principales objetos de crítica de la filosofía contemporánea. Son innegables, hay que decirlo de entrada, las diferencias existentes entre las diferentes propuestas positivas de las corrientes que, sin querer o queriendo, han alimentado tal crítica. Sin embargo, en cuanto correcciones de un concepto unilateral y restrictivo de racionalidad (y es ésta la característica que aquí interesa), tales corrientes constituyen conjuntamente la contrapartida filosófico-sistemática de la referida tendencia historiográfica hacia una rehabilitación de la dialéctica aristotélica. La repercusión de la obra del llamado segundo Wittgenstein, la aparición de la denominada filosofía del lenguaje común de la escuela de Oxford, la elaboración del pensamiento de Heidegger por parte de la hermenéutica de Gadamer, la crítica de la razón instrumental en la Escuela de Frankfurt y la subsecuente búsqueda de un concepto no restrictivo de racionalidad en la teoría de la acción comunicativa de Habermas, la crítica francesa a la oposición tradicional entre filosofía, por un lado, y literatura, por el otro: estas tendencias contemporáneas, pese a su diversidad o, aún, pese a su desacuerdo en tantos otros respectos, convergen todas en la creación de una atmósfera propicia bajo la cual ha podido surgir y florecer más fácilmente una revaloración de modelos de argumentación alternativos o (según el enfoque) complementarios a aquellos tradicionalmente asociados con la ciencia (o, mejor, con lo que tradicionalmente ha contado como tal). Esta revaloración, valga decir, no ha dejado de encontrar, a su vez, una importante fuente en Aristóteles, quien fuera no simplemente el primer teórico sistemático del razonamiento científico-demostrativo, sino el primer teórico de la argumentación en sentido amplio. Pienso aquí, claro está, en sus obras dedicadas a la retórica, a las refutaciones sofísticas y a la dialéctica.

Si es cierto que la orientación global de estas grandes corrientes del pensamiento contemporáneo ha contribuido al surgimiento de una atmósfera propicia

para el reexamen de los componentes desatendidos de la teoría de la argumentación en Aristóteles, esto mismo debe ser tanto o más cierto en lo que atañe a ciertos planteamientos de corte mucho más específico en las áreas de la teoría de la argumentación, la lógica y la epistemología. Este es, en efecto, el caso de tales desarrollos sistemáticos como la Nueva Retórica<sup>11</sup>, la lógica informal<sup>12</sup>, la lógica dialógica<sup>13</sup>, la lógica interrogativa<sup>14</sup>, la problematología<sup>15</sup>, las aproximaciones dialógicas a la argumentación<sup>16</sup>, el modelo disputacional de la investigación científica<sup>17</sup>. Resulta en extremo significativo que la dirección adoptada por estas tendencias recientes adquiera el inconfundible aspecto de una cierta inversión o reversión, en nuestro siglo, del orden temporal y jerárquico que la ortodoxia exegética arriba mencionada (la representada por Solmsen) atribuyó a la superación del razonamiento dialéctico por el razonamiento demostrativo en el *Organon* aristotélico. Una obra reciente describe tal reversión como el viraje “del axioma al diálogo”<sup>18</sup>. Las corrientes aludidas parecieran esforzarse, en efecto, cada una a su manera, por un restablecimiento de lo que, según la interpretación ortodoxa del *Organon*, Aristóteles habría abandonado deliberada y definitivamente en su camino hacia la entronización del ideal apodíctico y axiomático de ciencia, a saber, el diálogo como paradigma de argumentación. Estos desarrollos contemporáneos ponen en cuestión la adhesión de la filosofía moderna y contemporánea (y, por extensión, la de la exégesis aristotélica en ellas apoyada) a un modelo monológico, asertórico de razón. Ahora bien, el asunto acerca de si los argumentos requeridos en defensa de esta reversión son argumentos que apuntan en última instancia (históricamente hablando) *en contra* de Aristóteles, o si tales argumentos pueden y deben ser, por el contrario, contruidos *en y con* su ayuda, es un asunto abierto que sólo puede obtener respuesta cabal tras un examen de la relación entre dialéctica y ciencia en la obra de Aristóteles. Lo que sigue es un inicio en la tarea de determinar el lugar que Aristóteles ocupa en el tránsito que alguna vez se dió “del diálogo al axioma”. Este inicio tiene el carácter de una revisión bibliográfica.

<sup>11</sup> Cf. Perelman & Olbrechts-Tyteca. *La Nouvelle Rhétorique: Traité de l'Argumentation*, Paris, 1958.

<sup>12</sup> Cf. S. Toulmin. *The Uses of Argument*, Cambridge University Press, Cambridge, etc., 1958; C.L.Hamblin. *Fallacies*, London, 1970.

<sup>13</sup> Cf. P. Lorenzen and K. Lorenz. *Dialogische Logik*, Darmstadt, 1978.

<sup>14</sup> Cf. Nuel D. Belnap and Thomas B. Steel. *The Logic of Questions and Answers*, Yale University Press, New Haven (Conn.), 1976; J. Hintikka. “Questioning as a Philosophical Method”, in: James H. Fetzer (ed.). *Principles of Philosophical Reasoning*, Totowa (NJ), 1984.

<sup>15</sup> Cf. Michel Meyer. *De la problématique: Philosophie, science et langage*, Pierre Mardaga, Brussels, 1986.

<sup>16</sup> Cf. Douglas N. Walton. *Logical Dialogue-Games and Fallacies*, University Press Of America, Lanham (Md.), 1984; E.M.Barth and E.C.M. Krabbe. *From Axiom to Dialogue*, Berlin, New York, 1982.

<sup>17</sup> Cf. N. Rescher. *Dialectics: A Controversy-Oriented Approach to the Theory Of Knowledge*, Albany (NY), 1977.

<sup>18</sup> Cf. E.M.Barth and E.C.M. Krabbe. *From Axiom to Dialogue*, Berlin, New York, 1982.

## 2. Caracterización de la dialéctica en Aristóteles

Antes de proceder a un recuento más detallado de los principales estadios en la historia reciente de la recepción de la dialéctica aristotélica, conviene anteponer algunas aclaraciones preliminares. Se requiere, en primer lugar, una rápida caracterización de lo que ha de entenderse bajo el término *dialéctica* en el presente contexto. Como se sabe, el término *dialéctica* es dentro del vocabulario filosófico un término cargado de las más diversas acepciones.

Para efectos de la presente exposición bien podría concebirse la dialéctica aristotélica como un juego argumentativo. Me refiero concretamente a la forma que ella adopta para Aristóteles en los *Tópicos*. Básicamente, el juego consiste en un intercambio reglado de preguntas y respuestas entre dos participantes con papeles no intercambiables: el del interrogador y el del interrogado. El papel del interrogador es “atacar” una tesis que el interrogado ha escogido previamente “defender”. La tesis escogida por el interrogado corresponde a uno de dos enunciados contradictorios que integran una disyunción que plantea lo que Aristóteles denomina un *problema*:

Un problema dialéctico es la consideración de una cuestión [*theoremata*], tendiente, bien al deseo o al rechazo, bien a la verdad y al conocimiento, ya sea por sí misma, ya como instrumento para alguna otra cuestión de este tipo, acerca de la cual, o no se opina ni de una manera ni de otra, o la mayoría opina de manera contraria a los sabios, o los sabios de manera contraria a la mayoría, o bien cada uno de estos grupos tiene discrepancias en su seno.<sup>19</sup>

Así pues, los enunciados o tesis susceptibles de discusión dialéctica son enunciados acerca de cuya verdad no se ha formado aún un consenso representativo que los haga acreditables de entrada. Se trata de tesis acerca de las cuales, o bien no existen aún opiniones formadas en uno u otro sentido o bien acerca de las cuales existen opiniones encontradas.

El juego se inicia, pues, con el planteamiento de un problema de la forma “¿T o no-T?”, donde T representa aquí uno de tales puntos de vista controvertidos o controvertibles. El interrogado debe abrir el juego escogiendo uno de los dos enunciados de esta disyunción con el objeto de defenderlo del ataque subsecuente del interrogador. Una vez que se ha realizado la escogencia de la tesis a debatir, el interrogador dirigirá sucesivamente preguntas (de sí o no<sup>20</sup>) al interrogado, con el fin de utilizar eventualmente (algunas de) las respuestas concedidas por el interrogado como premisas a partir de las cuales el interrogador podría deducir eventualmente, en caso de tener éxito, el contrario de la tesis inicialmente escogi-

<sup>19</sup> *Top.* 1.11 104b1-5. Un ejemplo de problema: “El animal pedestre bípedo, ¿es la definición de hombre o no?” (cf. *Top.* 1.4 101b32).

<sup>20</sup> Se entiende por “preguntas de sí o no” aquellas que exigen como respuesta por parte del interrogado un “sí” o un “no”.

da por el interrogado. El interrogado, a su vez, tratará de evitar, dentro de ciertos márgenes (que delinearé rápidamente un poco más abajo), dar respuestas que puedan servir al interrogador como premisas para este propósito.

Hay, sin embargo, una crucial restricción que rige sobre las respuestas que el interrogado puede dar admisiblemente en el juego argumentativo de la dialéctica aristotélica, y concretamente en su uso para propósitos de investigación (*skepsis*)<sup>21</sup>. Se trata en este caso de una restricción, digamos, material (no formal). Aristóteles toma especial cuidado al especificar el tipo de preguntas con respecto a las cuales el interrogador puede esperar legítimamente, y el interrogado debe dar obligadamente, una respuesta positiva (so pena de que éste se demuestre como un jugador deshonesto y so pena de que el argumento degenera en lo que se llama un argumento erístico: en un argumento cuyo único fin es la victoria a cualquier precio de uno de los dos participantes<sup>22</sup>). Son éstas las preguntas de las que se obtendrán las premisas de las deducciones dialécticas. Las premisas dialécticas han de tener el estatuto de “opiniones reputadas” o de “cosas plausibles” (como también se suele traducir la expresión griega *ta endoxa*).

Una proposición [o premisa] dialéctica es una pregunta plausible [*erotesis endoxos*], bien para todos, bien para la mayoría, bien para los sabios, y, de entre éstos, bien para todos, bien para la mayoría, bien para los más conocidos, y que no sea paradójica: pues cualquiera haría suyo lo que es plausible para los sabios, siempre que no sea contrario a las opiniones de la mayoría.<sup>23</sup>

Aun cuando el interrogado prevea las consecuencias negativas que el conceder ciertas respuestas puede tener para su estrategia defensiva, es objetable que intente sistemáticamente negar su asentimiento a las opiniones reputadas que su interlocutor, el interrogador, quiera utilizar como premisas<sup>24</sup>. Deberá

<sup>21</sup> *Top.* VIII.5.

<sup>22</sup> *Top.* VIII.5 161b2-5.

<sup>23</sup> *Top.* I.10 104A7-12. He sustituido en la traducción de Gredos la expresión “proposición” por “premisas”.

<sup>24</sup> Ahora bien, si para conminar al interrogado a dar determinadas respuestas y no otras, es decir, si para poder prever y así dirigir el curso del argumento, el interrogador no contase sino con el recurso de exigir ciertas respuestas como conclusión necesaria de ciertas respuestas previamente concedidas, en otras palabras, si las únicas consideraciones a tener en cuenta por los participantes fueran de orden puramente lógico, entonces la escogencia de la tesis inicial sería un asunto perfectamente indiferente para los participantes. Sea cual fuere la tesis inicialmente adoptada, el interrogado podría después acomodar arbitrariamente sus respuestas al propósito exclusivo de guardar consistencia con ella. La cuestión, por ejemplo, de si tales respuestas reflejan o no el pensamiento del interrogado (o el de cualesquiera otros que éste pudiera representar) no entraría en juego. Para el interrogado, las consideraciones acerca de si debe o no conceder esto o aquello se reducirían a consideraciones acerca de las relaciones lógico-deductivas con otras respuestas posibles y con la conclusión deseada por el interrogador (es decir, la afirmación contraria a la tesis del interrogado). A las preguntas que buscan asegurar premisas potenciales podría el interrogado responder cualquier cosa con tal de que simplemente guardara una previsible consistencia con su tesis.

concederlas en tanto constituyan opiniones más reputadas que la conclusión a la que se quiere llegar a través de ellas. Más aún, el interrogador mismo (es decir, quien deduce) deberá procurar razonar tan sólo con base en premisas que sean más plausibles que la conclusión a la que apuntan. El que responde debe velar, a su vez, porque esto suceda así. En otras palabras, el interrogador y el interrogado deben velar conjuntamente porque en el argumento se pruebe lo menos conocido a partir de lo más conocido<sup>25</sup>.

### 3. La evidencia acerca de la relación entre ciencia y dialéctica

Después de esta rápida caracterización de la argumentación dialéctica, pasemos ahora a realizar un inventario de la evidencia existente en la obra de Aristóteles en lo referente a la relación entre ciencia y dialéctica. Pueden distinguirse diferentes tipos de evidencia. Existe un tipo de evidencia que por comodidad podríamos denominar teórico y otro que podríamos denominar práctico. El primer tipo de evidencia podría, a su vez, dividirse en dos. Existe, por un lado, evidencia teórica *explícita*, consistente en los infortunadamente esporádicos pronunciamientos *expresos* de Aristóteles *acerca* de la relación entre dialéctica y ciencia. Existe, por otro lado, evidencia *implícita* (también de orden teórico), que puede obtenerse al comparar las características que Aristóteles atribuye respectivamente a la dialéctica y a la ciencia en *Tópicos* y *Analíticos Segundos*, sin ponerlas él mismo en relación explícita. Por último, en lo que respecta al tipo de evidencia que he denominado *práctica*, ella se encontraría allí donde la interpretación pudiese dar legítima evidencia de la presencia o ausencia de procedimientos dialécticos en la *praxis* científica o precientífica de Aristóteles, entendiendo como una u otra el tipo de indagaciones que Aristóteles deja consignadas en sus diferentes tratados científicos y en los diferentes campos del saber (ej. en metafísica, física, biología, psicología, ética, etc.).<sup>26</sup>

Por razones de espacio me ocuparé en lo que sigue exclusivamente de la evidencia teórica, que he denominado de carácter explícito (y, en realidad, de sólo una parte de ella). Una revisión de los pasajes correspondientes a este tipo de evidencia (la gran mayoría de los cuales se ubican significativamente en el *Organon*), muestra que Aristóteles se esfuerza reiteradamente por establecer

<sup>25</sup> *Top.* VIII.5 159b14-15.

<sup>26</sup> Uno de los problemas más controvertidos en la interpretación de la obra de Aristóteles está en determinar la relación que guardan su teoría de la ciencia, por un lado, y los patrones metodológicos y argumentativos a los que sus tratados parecen acogerse de hecho, por el otro. El ideal de ciencia, formulado detalladamente por Aristóteles en los *Analíticos Segundos*, es, a saber, el ideal de una ciencia demostrativa. Sin embargo, la "ciencia" practicada por Aristóteles parece adoptar un proceder ampliamente caracterizado por los intérpretes como "dialéctico" (en un sentido aristotélico del término). En otras palabras, la evidencia teórica y la evidencia práctica parecen hallarse en conflicto.

un contraste entre dialéctica y demostración en términos de lo que podríamos denominar su teoría de la *argumentación*. Ciencia y dialéctica entran en consideración ante todo como tipos diferentes de discurso (*logos*) y, más concretamente, como tipos diferentes de discurso encaminado a producir convicción (*pistis*), encaminados a probar algo (a partir de algo). Entran en consideración, en otras palabras, como dos formas de argumentación. Existen, sin embargo, dos formas diferentes de probar algo por medio del discurso (*logos*) y ellas son, para Aristóteles, la deducción y la inducción<sup>27</sup>. Aunque Aristóteles sostiene expresamente que la argumentación dialéctica incluye el recurso a la inducción, lo cierto es que cuando Aristóteles distingue explícitamente ciencia y dialéctica lo hace en tanto dos formas distintas de *deducción* (*sullogismos*), en el sentido amplio que Aristóteles da a este término en el *Organon*. En efecto, tanto los argumentos dialécticos como los demostrativos o científicos se acogen a la siguiente definición de *sullogismos*:

Una deducción [*sullogismos*] es un argumento [*logos*] en el que, sentadas ciertas cosas, necesariamente se da a la vez, a través de lo establecido, algo distinto de lo establecido.<sup>28</sup>

Una buena cantidad de los pasajes en los que Aristóteles da testimonio explícito del contraste entre ciencia y dialéctica se localiza en los primeros capítulos de las diferentes obras que componen el *Organon* (*Tópicos*, *Analíticos Primeros* y *Analíticos Segundos*, *De la Interpretación*<sup>29</sup>) y en las primeras páginas de la *Retórica*. Allí cumplen el claro propósito introductorio de distinguir los diferentes tipos de *sullogismos*, de deducción (demostrativo, dialéctico, erístico, paralogístico, retórico). Esta reiteración de la diferencia entre dialéctica y ciencia, en cuanto tipos de deducción, guarda consonancia con el carácter general de su teoría de la argumentación, la cual es, en lo fundamental, una teoría de la deducción.

Se puede, empero, ser más específico en cuanto a los términos en que Aristóteles suele marcar la diferencia entre ciencia y dialéctica. Aristóteles distingue las deducciones dialécticas de las científicas o demostrativas en razón de los diferentes rasgos que poseen las *premisas* utilizadas por una y otra<sup>30</sup>. A estos rasgos los llamaré en adelante rasgos *proposicionales*, tomando *proposición* como sinónimo de *premisa*. Aristóteles resume la diferencia en tres pares de rasgos proposicionales divergentes. A las premisas demostrativas o científicas, Aristóteles las califica como verdaderas. A las premisas de los ar-

<sup>27</sup> *Ret.* I.2 1356b8-9. Cf. *APr* II.23 68b9-14.

<sup>28</sup> *Top.* I.1 100a25-27.

<sup>29</sup> El escrito de las *Categorías* constituye la excepción.

<sup>30</sup> Aristóteles, como lo sugerían ya las anteriores observaciones, no establece diferencia alguna entre dialéctica y ciencia en lo que respecta a la estructura deductiva de sus argumentos.

gumentos dialécticos, Aristóteles las identifica como opiniones reputadas (*endoxa*)<sup>31</sup>. En segundo lugar, las premisas demostrativas son asertóricas, en el sentido de ser utilizables como premisas independientemente de si son o no concedidas por un interlocutor a quien se interroga. Las premisas dialécticas, por el contrario, no pueden operar como premisas para las deducciones dialécticas, sin haber sido previamente concedidas por el interrogado en respuesta a las preguntas del interrogador. Por último, las premisas demostrativas son propias (*oikeia*). Esto significa que dichas premisas son aplicables tan sólo dentro de un único campo de conocimiento (ej. la física), es decir, con relación a un sólo género delimitado de cosas (ej. las cosas sujetas al movimiento, etc.). La dialéctica, en contraste, utiliza ciertos principios formales (los *topoi*) aplicables a cualquier campo de conocimiento, es decir, hace uso de algunos principios abstractos de validez transdisciplinaria<sup>32</sup>. Hace uso de *koina*, de cosas comunes.

De estos tres pares de rasgos proposicionales, el que quizá ha despertado en mayor medida la atención de los intérpretes es el primero de los mencionados, aquel que opone las premisas verdaderas de las deducciones demostrativas a las opiniones reputables que conforman las premisas dialécticas. Nos concentraremos ahora en este contraste. Los intérpretes tradicionales han encontrado en este contraste explícito una de las más fuertes razones para dar sustento a la presunta existencia de un hiato insalvable entre ciencia y dialéctica. A ello ha contribuido, sin duda, cierta preconcepción de la presunta dicotomía platónica entre verdad y opinión. Se asume, a saber, que Aristóteles habría integrado esta misma dicotomía (o algo muy parecido a ella) en su propia filosofía. Esta dicotomía compartida habría constituido una pieza fundamental en el dramático giro que, según la interpretación tradicional de la relación entre ciencia y dialéctica, se habría dado entre la exaltación platónica de la dialéctica y su subsecuente degradación en la obra temprana de Aristóteles. Platón habría proclamado a la dialéctica como la verdadera encarnación de la ciencia

<sup>31</sup> Este contraste, valga decir, no representa una dicotomía, pues algunas opiniones reputadas podrían ser, de hecho, verdaderas (aunque es parte de la definición de un juicio en tanto opinión el hecho de que, a la luz de lo que se sabe, bien *podría* ser verdadero o falso).

<sup>32</sup> Llama la atención el hecho de que, en las repetidas ocasiones en que Aristóteles establece un contraste entre premisas demostrativas y premisas dialécticas, omite toda mención de un rasgo que, por otro lado, juzga esencial en el momento de ofrecernos una presentación rigurosa de las características que necesariamente deben poseer las premisas demostrativas para que puedan formar parte de argumentos de carácter científico. En efecto, Aristóteles destaca que las premisas demostrativas deben ser, por fuerza, explicativas, ya que, si hay ciencia (*episteme*) de algo, debe entonces conocerse su por qué (su explicación). No obstante, a pesar de que también este rasgo de las premisas demostrativas podría perfectamente marcar una diferencia con las premisas dialécticas, Aristóteles no recurre a él en las ocasiones en que entra a destacar expresamente la diferencia entre deducciones científicas (o demostrativas) y deducciones dialécticas. Lo anterior indica que deben existir razones contextuales para que Aristóteles acuda en el *Organon* a los tres mencionados pares de rasgos proposicionales y no a otros que hubiese podido aducir.

(*episteme*), mientras que, por otro lado, habría confinado la retórica al mundo de la opinión<sup>33</sup>. Aceptando aún la dicotomía entre *doxa* y *episteme*, Aristóteles habría defendido, por su parte, una paralela disociación de dialéctica y ciencia, al colocar a la dialéctica del lado del mundo de la opinión y, por tanto, en cierta vecindad con la retórica. Asumiendo que no hubo una modificación sustancial en los rasgos relevantes que cada pensador ascribió a lo que denominó respectivamente como “dialéctica”, debe concluirse entonces, siguiendo esta interpretación, que Aristóteles efectuó una cabal transvaloración (y no un simple rebautismo terminológico) de la dialéctica, y que la realizó al invertir la relación en que Platón la había colocado previamente con respecto a la verdad y la opinión.

Como la he venido presentando, la interpretación tradicional sostiene que Aristóteles confinó la dialéctica al mundo de la opinión (*doxa*) y que, por tanto, la privó de todo acceso al reino de la verdad. Pero debe indicarse con qué razones y en virtud de qué comprensión de dialéctica, la interpretación tradicional puede aseverar dicho confinamiento a nombre de Aristóteles. El argumento se apoya en una consideración conjunta del estatuto particular de las premisas del razonamiento dialéctico y del papel puramente negativo que se le atribuye a este tipo de razonamiento. Con la expresión “papel puramente negativo” me refiero al hecho de que la argumentación dialéctica tiene, como vimos más arriba, el carácter de un intento de *refutación* que, en caso de lograrse, saca a luz la inconsistencia de una determinada tesis (la adoptada por el interrogado) con respecto al conglomerado de opiniones reputadas (abrazadas por el interrogado). Sin embargo, su falsedad (o la verdad de su contraria) no queda establecida, a no ser que se pudiera asumir la verdad de cada una de las opiniones reputadas empleadas como premisas. Por otro lado, en caso de que una determinada tesis haya sido sometida repetidas veces a la prueba de consistencia del intercambio dialéctico y logre salir indemne, se podría considerar que dicha tesis es, hasta donde se alcanza a ver, consistente con el conglomerado de opiniones reputadas. Pero la pregunta que inmediatamente se plantea en este último caso es, una vez más, la pregunta acerca de si este procedimiento (aun en el caso en que se lo repita con respecto a la misma tesis) puede resultar revelador acerca de la verdad de la tesis sometida a examen. Después de todo, recuérdese, las opiniones reputadas que han sido seleccionadas como premisas en el test de consistencia bien podrían ser falsas. Si las opiniones reputadas no pueden ser afirmadas como verdaderas, entonces no se está obligado a desechas la tesis refutada como falsa por el hecho de ser inconsistente con ellas, y menos aún a declarar una tesis no refutada como verdadera por el hecho de ser (hasta ahora) consistente con los diferentes conjuntos de opiniones reputadas utilizadas en su reiterado examen dialéctico. Dado el carácter *endóxico* (si se

<sup>33</sup> Véase, por ejemplo, *Gorgias* 454d-455a.

me permite la expresión) de las premisas, no se puede decir que una refutación (o validación) conclusiva (conclusiva en lo que se refiere a la detección de la verdad) haya tenido lugar. Lo máximo que se podría decir es que la dialéctica aristotélica (semejante en este punto a la refutación socrática) conduce a una aporía: pone en evidencia la presencia de una contradicción, pero no nos permite determinar concluyentemente cuál de los dos lados de la contradicción debe ser desechado.

A fin de que el test dialéctico de consistencia pudiese ser informativo acerca de la falsedad de la tesis examinada (y eventualmente de la verdad de su contrario), uno tendría que tener previamente una garantía acerca de la verdad de las premisas empleadas en la refutación. Esta es una garantía, nos advierte la interpretación tradicional, que la dialéctica no puede aportar. Los *endoxa* podrían resultar falsos y la dialéctica, se asume además, no tiene forma de determinar cuáles lo son y cuáles no. La dialéctica, en suma, es un método insuficiente en la búsqueda de la verdad.

#### 4. Los recursos de la interpretación conciliatoria

Ya temprano en este siglo<sup>34</sup>, pero especialmente desde los años sesenta, fue emergiendo, como ya lo destacábamos, una corriente tendiente a la rehabilitación de la dialéctica aristotélica. Para evitar malentendidos, habría que precisar que por "rehabilitación de la dialéctica" no debe aquí entenderse el regreso a una asimilación platónica de dialéctica y ciencia. No hay, de hecho, interpretación que pueda arguir, con base en la evidencia textual existente, que Aristóteles hubiese llegado a plantear una cabal fusión entre dialéctica y ciencia. Por tanto, todo intento de considerar el papel positivo que pudiese corresponderle a la dialéctica desde el punto de vista de la ciencia, debe buscar un punto intermedio entre el rechazo de un presunto hiato insalvable entre las dos y el reconocimiento de su diferencia.

Dentro de este margen, se ha insistido, ante todo, en presentar la relación entre dialéctica y ciencia como una relación de complementariedad. Existen, sin embargo, diferentes maneras de establecer dicha relación, cada una correspondiendo a un diferente grado de integración. Siguiendo algunas indicaciones inequívocas en los textos aristotélicos, los intérpretes a los que puede incluirse en esta tendencia conciliatoria (como se la podría denominar por conveniencia) comenzaron por concebir a la dialéctica como un preliminar indispensable, como un requerido estadio formativo, por el cual tendría que atravesar un cuerpo de conocimientos antes de llegar a constituirse en una ciencia consolidada<sup>35</sup>. Así,

<sup>34</sup> Cf. Robinson (1930), LeBlond (1939), Weil (1951).

<sup>35</sup> Este mismo papel preparatorio puede, a su turno, ser concebido de diversas maneras. De hecho, se lo puede concebir, aun en el espíritu de la interpretación tradicional, como indicativo de una previa

para utilizar una formulación general (y neutral), la labor preparatoria de la dialéctica participaría de alguna manera (aún no especificada) en la transición de un conglomerado no examinado de opiniones inconsistentes entre sí, dentro de un cierto ámbito de conocimiento, hacia un cuerpo de enunciados que cumplan las exigentes condiciones que Aristóteles impone a los enunciados de la ciencia demostrativa en *Analíticos Segundos* (A<sub>Po</sub> I.2). En este último estadio, la ciencia demostrativa debe estar en capacidad de explicar, esto es, de deducir a partir de primeros principios (explicativos) las atribuciones esenciales (*sumbebekota kat'hauto*) correspondientes a un determinado género.

Según una interpretación hartamente difundida actualmente (la propagada por J. Barnes<sup>36</sup>), este último estadio (el demostrativo) corresponde al momento en que el cuerpo de conocimientos en cuestión logra ser articulado de tal manera que pueda hacerse objeto de una enseñanza y un aprendizaje especializados. Una vez que ha adquirido este formato didáctico, la demostración científica transmite a quien aprende una cabal comprensión (*episteme*) de la materia, esto es, provee no sólo el “conocimiento” aislado de los hechos consistente en la correcta atribución de valores de verdad a juicios tomados cada uno en aislamiento, sino un conocimiento integrado de las conexiones causales existentes entre los hechos expresados por dichos juicios.

Según la aproximación conciliatoria a la que venimos haciendo referencia, Aristóteles deja constancia expresa (concretamente en un célebre y muy discutido pasaje al final de *Top.* I.2) de la utilidad de la dialéctica para las ciencias. En dicho pasaje Aristóteles comenta que la dialéctica se halla en el camino hacia los primeros principios de todas las ciencias. Esto es lo que respecta a pronunciamientos expresos de Aristóteles. Por otro lado, la interpretación conciliatoria constata en múltiples pasajes de la obra de Aristóteles la presencia “en la práctica” de procedimientos claramente reminiscentes de la argumentación dialéctica descrita en los *Tópicos*. Muchos de estos pasajes cumplen un papel preparatorio, en el sentido de allanar el camino hacia la deseada fundamentación de ciencias como la física, la biología, la psicología, la ética y la filosofía primera. De especial importancia para la corriente exegética en cuestión, es la constatación de una fase que consiste en “el planteamiento de las dificultades” (*diaporein*) que emergen de la revisión de las opiniones reputadas. Las dificultades suelen plantearse en torno a la definición, o la existencia misma de ciertas entidades básicas para la ciencia a cuya fundamentación Aristóteles busca contribuir. Como se sabe, los primeros principios comprenden en Aristóteles definiciones y enunciados existenciales.

---

degradación de la dialéctica. Puede recordarse al respecto que Platón consideraba a la matemática como una propedéutica hacia la dialéctica, en tanto que Aristóteles concibe luego a la dialéctica como preliminar de la ciencia demostrativa (el paradigma de la cual parece ser precisamente la matemática).

<sup>36</sup> Barnes (1970), (1975).

Estas últimas observaciones penetran en el terreno de lo que arriba se había denominado como evidencia de tipo práctico en torno al problema de la relación entre ciencia y dialéctica. Regresemos, sin embargo, al tipo de evidencia que veníamos tratando: la evidencia teórica de carácter explícito. Pues bien, la interpretación tradicional se esfuerza consecuentemente en rechazar o minimizar la significación que para la interpretación conciliatoria tiene el importante testimonio de *Top.* I.2 acerca del uso científico (o pre-científico si se quiere) de la dialéctica, tanto para el planteamiento de las dificultades en general, como en la discusión de los primeros principios en particular. La interpretación tradicional contrapone al pasaje de *Top.* I.2, la archi-conocida reflexión de Aristóteles en *APo* II.19 acerca de la inducción como el proceso y acerca de la intuición como la facultad que posibilita la aprehensión de los primeros principios. Esta referencia contiene, al parecer, una versión divergente acerca de cómo se llega a los primeros principios. Si la divergencia se interpreta como incompatibilidad, habría entonces necesidad de invocar una explicación evolucionista (por así llamarla). Los dos pronunciamientos que forman la contradicción corresponderían cada uno a estadios diferentes de la reflexión aristotélica sobre la aprehensión de los primeros principios. Así, por ejemplo, el pasaje de *Tópicos* I.2 (en el que la dialéctica aparece como camino hacia los primeros principios) podría interpretarse como un residuo platónico, descalificado luego por el pronunciamiento de Aristóteles en favor de la inducción y el *nous*<sup>37</sup>.

Otros intérpretes se han aproximado con un ánimo más conciliatorio a estas dos textos (*Top.* I.2 y *APo* II. 19). A los primeros principios, recuerdan ellos, no se puede llegar a través de la demostración<sup>38</sup>. La dialéctica puede, sin embargo, proporcionar algún tipo de validación, al mostrar cómo los primeros principios están en concordancia con nuestras opiniones más profunda y ampliamente sostenidas. No se quiere decir con esto que a los primeros principios se los deduzca directamente de tales opiniones. Esto conduciría a una regresión infinita y, además, disolvería la crucial distinción aristotélica entre lo que es mejor conocido por naturaleza y lo que es mejor conocido para nosotros. Lo que se quiere decir, más bien, es que puede mostrarse que su negación (la de los primeros principios) entra en conflicto con aquellas convicciones básicas. La detección de tal conflicto cae visiblemente dentro de la competencia de la dialéctica. La dialéctica, como ya se indicó, representa un procedimiento que establece la inconsistencia de una tesis con respecto a los *endoxa*, a las opiniones reputadas. Así, sin trascender su naturaleza puramente crítica (refutatoria), la dialéctica puede proveer una validación *indirecta* de los primeros principios.

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, Irwin (1988).

<sup>38</sup> *APo* I.3 72b19ss.

Sin embargo, debe señalarse inmediatamente que para que esta validación sea efectivamente tal, el valor epistémico de aquellas convicciones básicas debe ser, para expresarlo de modo vago, tan fuerte como (si no más fuerte que) aquel de los primeros principios validados. De los últimos se requiere que sean verdaderos y, por lo tanto, en este uso particular (filosófico viz. científico) de la dialéctica (como “camino” hacia los primeros principios), también deben serlo los *endoxa* seleccionados. Ellos deben jugar aquí el papel de hechos bien establecidos y disciplinariamente relevantes, que los primeros principios deben ser capaces de explicar en su integridad. Juegan, más generalmente, el papel de *cualesquiera* hechos bien establecidos con los que aquellos (los primeros principios), para comenzar, no pueden entrar en conflicto. Dicho brevemente, para algunos intérpretes debe, en este caso, estar al alcance de la dialéctica el operar selectivamente con un subconjunto especial de *endoxa*: *endoxa verdaderos* en el sentido de ser hechos bien establecidos<sup>39</sup>. El conjunto de *endoxa* y el conjunto de verdades son conjuntos que se intersectan y, aun cuando cada miembro del conjunto intersección no puede, por regla general, ser identificado como tal (como un *endoxon* verdadero), es (o debe ser), sin embargo, posible para la dialéctica, cuando es aplicada con propósitos filosóficos viz. científicos, proceder selectivamente escogiendo algunos *endoxa* verdaderos como premisas de sus argumentos. Acerca de lo que daría garantía de su verdad, los intérpretes conciliadores comprometidos con la noción de *endoxa* verdaderos están en desacuerdo.

La idea de *endoxa* verdaderos es, no obstante, algo que las interpretaciones tradicionales, tal como las hemos descrito inicialmente, tienen dificultad en conceder. Hay, empero, algún espacio para maniobrar. Aun si se hace esta movida conciliatoria, las interpretaciones de corte tradicional pueden proceder a declarar que las pruebas dialécticas de consistencia pueden “solamente” validar indirectamente lo que puede ser descubierto directamente, aprehendido cabalmente y verificado sólo por inducción y *nous*: un procedimiento y una facultad que estarían más allá de la competencia de la dialéctica. Todo lo que la dialéctica podría hacer, sería colocar bajo examen crítico candidatos previamente postulados por otros conductos a la dignidad de primeros principios. Ella misma no podría postularlos, ni podría tampoco dar una justificación positiva de su verdad. La referencia al contraste entre el carácter discursivo de la dialéctica y la naturaleza simple intuitiva del *nous* (una versión aristotélica del viejo contraste entre pensamiento noético y dianoético), se hace para sustentar esta aseveración. Por otro lado, la interpretación tradicional se aferra a la idea de que la dialéctica es un procedimiento puramente deductivo disociado de la experiencia y preso dentro del ámbito de consideraciones puramente formales,

<sup>39</sup> Cf. Bolton (1990) 111, Pritzl (1994) 44s., 47.

mientras que la inducción, por el contrario, tiene a la experiencia empírica como su fuente directa de información.

Con el fin de conceder todo su peso a la sugerencia de Aristóteles de que la dialéctica juega su papel en la búsqueda de los primeros principios, la corriente conciliatoria, por su parte, se ha rebelado contra lo que considera un estrechamiento textualmente injustificado del concepto de dialéctica aristotélica a manos de la interpretación ortodoxa. Argumentando en contra de la reducción de la argumentación dialéctica a su componente deductivo (ciertamente fomentada por la fuerte concentración de Aristóteles en dicho componente, cualesquiera que sean las razones), la interpretación conciliatoria destaca el hecho de que la dialéctica, tal y como se la caracteriza explícitamente en los *Tópicos*, incluye, de hecho, a la inducción como una parte reconocida de sus recursos argumentativos<sup>40</sup>. Esta crucial extensión de procedimientos está asociada con una correspondiente ampliación de las fuentes de información accesibles para la dialéctica aristotélica por derecho propio. El componente inductivo permitiría a la dialéctica aristotélica ser alimentada directamente por la experiencia empírica y, según esta explicación, “transmitirnos los principios conectados a cada ciencia particular”<sup>41</sup>. Así las cosas, la dialéctica ciertamente tendría que ver con el *descubrimiento* de los primeros principios.

### 5. ¿Hacia una integración más estrecha?

La aproximación conciliatoria argumenta que la dialéctica aristotélica no puede ser encerrada dentro de uno de los polos de la dicotomía verdad-opinión (y lo mismo ha sido argumentado en relación con las polaridades empírico-formal y universal-particular). Sin embargo, cualesquiera que sean las especificidades de la relación que la interpretación conciliatoria presentada hasta aquí establece entre dialéctica y ciencia, lo cierto es que siguen siendo externas la una con respecto a la otra. Esto llega a ser particularmente claro tan pronto como se recuerda que se las ha concebido como pertenecientes a dos etapas cronológicas claramente separables en el desarrollo del conocimiento. La relación de oposición sostenida por el punto de vista tradicional ha sido transfigura-

<sup>40</sup> Cf. *Top.* I.12. Todo un conjunto de intérpretes ha venido insistiendo en ello. Ross (1924) 59; Le Blond (1939) *passim*; Croissant (1951) 170; Wilpert (1956/7) 250, 254; Owen (1961); Raphael (1974) 155; Nussbaum (1982); Galston (1982) 92; Knuutila (1993) 81. En lo que respecta a la supuesta exterioridad del *nous* (concebida como intuición) con respecto a la dialéctica (como proceso discursivo), la interpretación conciliadora puede valerse de los resultados de ciertos trabajos recientes sobre *nous* y *episteme* (cf. Nussbaum (1982) 282s.). Al *nous* se lo interpreta como el último paso en un proceso de comprensión o entendimiento (*episteme*) que consiste no en la aprehensión inmediata de verdades aisladas sino en la captación (alcanzada después de un proceso de creciente familiaridad) del lugar que ocupan dentro de una concatenación explicativa.

<sup>41</sup> Cf. *APr.* I.30 46a18-19.

da por el enfoque conciliatorio en una relación de alternación secuencial de una sola vía: la dialéctica precede y allana el camino a la ciencia. Pese a la relación de complementariedad establecida sobre esta base, ciencia y dialéctica son aún concebidas como disímiles. La aproximación propedéutica (si podemos denominarla así) adopta todavía la imagen tradicional en algunos de sus rasgos esenciales (monológico vs. dialógico o asertórico vs. interrogativo o categórico vs. problemático) y añade algunos pares de opuestos de su propia cosecha (definitivo vs. formativo, fase de investigación vs. fase de exposición didáctica).

¿Es posible argumentar en favor de una integración más estrecha entre dialéctica y ciencia en Aristóteles? Así como el punto de vista tradicional ha estado fuertemente comprometido a subrayar una relación de disyunción exclusiva (una relación de exterioridad que la explicación propedéutica ha podido apenas reducir postulando una alternación diacrónica), así, en el lado opuesto del espectro, un esfuerzo radicalmente integrativo se ha comprometido con la tarea de descubrir una relación de *inclusión* o *interpenetración* entre dialéctica y ciencia. Se ha sugerido que a la ciencia aristotélica (en el sentido estricto de *deducción* demostrativa) se la puede concebir como inmersa en un continuo argumentativo que podría, o bien ser considerado en su globalidad como dialéctico (al menos en un sentido amplio de la palabra que habría que especificar), o bien como incluyendo componentes estrictamente dialécticos y demostrativos estrechamente interrelacionados.

Una propuesta declaradamente comprometida con un propósito integrador de este tipo, ha sido formulada en conexión con un trabajo sistemático en lógica erotética (lógica interrogativa), específicamente en la lógica de juegos interrogativos aplicados a la búsqueda de la verdad (*interrogative truth-seeking games*)<sup>42</sup>. J. Hintikka ha argumentado en favor de la idea de que “Aristóteles estaba en su metodología temprana tratando de interpretar el método científico como un juego interrogativo entre dos personas”<sup>43</sup>. En lo que concierne a la naturaleza de este juego interrogativo, Hintikka especifica además que “Aristóteles desarrolló su primera teoría del método científico como una versión del método dialéctico de cuestionar”<sup>44</sup>.

El sentido más definido que esta aproximación interrogativa asocia con la anterior formulación programática de una relación de inclusión o interpenetración, está expresado en la aseveración de que la ciencia aristotélica, i.e. la *deducción* demostrativa, debe ser concebida como inmersa en un *continuum* argumentativo que puede ser considerado globalmente como un juego interrogativo entre dos personas, en el que todos los pasos son concebidos como pasos de

<sup>42</sup> Cf. Hintikka (1993)

<sup>43</sup> Hintikka (1993) p.13.

<sup>44</sup> Hintikka Ib. 8.

pregunta y respuesta. O debe ser concebida como un juego que incluye entremezcladamente pasos interrogativos (i.e. fases de pregunta y respuesta) no deductivos y pasos deductivos. La *apodeixis* aristotélica no estaría, en todo caso, nítidamente separada de un componente interrogativo: "la estructura silogística, que Aristóteles atribuyó a una ciencia, no excluye pasos interrogativos (u otros no-deductivos) aun en medio del proceso científico normal". En este respecto la aproximación interrogativa, como debe ser evidente, diverge del punto de vista propedéutico.

Esta aproximación interrogativa e integrativa a la relación entre dialéctica aristotélica y ciencia, está comprometida con la presentación de su propia tesis acerca de la evolución del pensamiento de Aristóteles. A pesar de que hay algunas claves textuales que apuntan hacia la existencia de un contexto interrogativo vinculado con la ciencia aristotélica<sup>45</sup>, el hecho es que la teoría de la ciencia de Aristóteles, tal como está presentada en los *Analíticos Segundos*, no se concentra temáticamente en este entorno interrogativo; no contiene ninguna elucidación detallada ni, en todo caso, abierta a este respecto. Esta ausencia exige una explicación; más todavía si se la considera sobre el trasfondo de los *Tópicos*. Si, como la aproximación interrogativa parece sugerir, el juego de pregunta-respuesta que ha de ser asociado con la ciencia tuviera que ser concebido bien como una aplicación, bien como una extensión derivativa, del juego interrogativo descrito en los *Tópicos*, ¿por qué esta conexión abarcadora no reluce con la suficiente claridad como para prevenir que la gran mayoría de las interpretaciones no sólo la pasen por alto, sino que tradicionalmente tomen la omisión como un signo de rechazo? En este punto la aproximación interrogativa está obligada a ofrecer una explicación evolucionista propia, opuesta a la tradicional ejemplificada arriba. Más aún, se requeriría una aclaración evolucionista adicional para dar razón de cualesquiera diferencias significativas entre la dialéctica de los *Tópicos* y el juego interrogativo conectado tácitamente con la demostración científica, en caso de que el último deba ser considerado como una versión algo modificada del método dialéctico, en vez de como una simple aplicación local de aquella. Con todo, esta última y extrema vertiente exegetica, tendiente a la recuperación de un entorno interrogativo-dialógico para la demostración, aún no cuenta en su favor con una interpretación tan elaborada y detallada como la que en su momento aportase Solmsen para la interpretación tradicional. Ella tendría que realizar aún una buena cantidad de trabajo exegetico, antes de ganar algo de la credibilidad con la que hoy cuenta la interpretación propedéutica, la cual podría concebirse, hoy por hoy, como la nueva ortodoxia.

---

<sup>45</sup> Cf. Hintikka (1993), Upton (1993/94), Lennox (1994).

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

**Aristóteles (1992)**

“Tratados de Lógica”, Gredos, Madrid, 2 vols.

**Aubenque, P. (1962)**

“Le problème de l’être chez Aristote”, Paris.

**Barnes, J. (1969)**

“Aristotle’s Theory of Demonstration”, *Phronesis* 14, 123-52.

**Barnes, J. (1975)**

“Aristotle: Posterior Analytics” (translation and notes), Oxford.

**Berti, E. (ed.) (1981)**

“Aristotle on Science: The Posterior Analytics”. Proceedings of the Eight Symposium Aristotelicum, Padua & New York.

**Bolton, R. (1990)**

“The Epistemological Basis of Aristotelian Dialectic”, en: D.Devereux and P.Pellegrin (eds.) *Biologie, Logique et Métaphysique chez Aristote*, 185-236, Paris.

**Croissant, Jean (1986)**

“La Dialectique chez Aristote”, en: J.Croissant, *Études de Philosophie Ancienne*, pp.161-83, Bruxelles. (Communication à la Société Belge de Philosophie 12 mai 1951).

**Galston, M. (1982)**

“Aristotle’s Dialectic, Refutation, and Inquiry”, *Dialogue* 21, 79-93.

**Grote, G. (1872)**

“Aristotle”, 2 vols, London.

**Guthrie, W.K.C. (1981)**

“A History of Greek Philosophy”, Cambridge, London, Vol.6: Aristotle, an Encounter, New York.

**Hamelin, O. (1920)**

“Le système d’Aristote”, Paris.

**Hintikka, J. (1984)**

“Questioning as a Philosophical Method”, en: James H. Fetzer (ed.) *Principles of Philosophical Reasoning*, 25-43, Totowa (NJ).

**Hintikka, J. (1993)**

“Socratic Questioning, Logic and Rhetoric”, *Revue Internationale de Philosophie* 47, 5-30.

**Hintikka, J. (1996)**

“On the Development of Aristotle’s Ideas of Scientific Method and the Structure of Science”, en: William Wians (ed.) *Aristotle’s Philosophical Development: Problems and Prospects*, 83-104, Boston, London.

**Irwin, T. (1988)**

“Aristotle’s First Principles”, Oxford.

**Kakuuri-K.,L. (1993)**

“Dialectic and Inquiry in Aristotle”, Helsinki.

**Kosman, L.A. (1973)**

“Understanding, Explanation and Insight in Aristotle’s *Posterior Analytics*”, en: E.N. Lee, A. Mourelatos, R.Rorty (eds.), *Exegesis and Argument*, 374-392, Assen.

**Le Blond, J.M. (1939)**

"Logique et Méthode chez Aristote", Paris.

**Lennox, J. G. (1994)**

"Aristotelian Problems", *Ancient Philosophy*, 14, 53-77.

**Nussbaum, M. (1982)**

"Saving Aristotle's Phainomena", en: M.Schofield & M.C.Nussbaum, *Language and Logos*, Cambridge.

**Owen, G.E.L. (1961)**

"Tithenai ta Phainomena", en: S. Mansion (ed.), *Aristote et les problèmes de méthode*, Papers of the Second Symposium Aristotelicum, 83-103, Louvain.

**Owen, G.E.L. (ed.) (1968)**

"Aristotle on Dialectic", Oxford.

**Prantl, C. (1855)**

"Geschichte der Logik im Abendlande", vol.1, Leipzig.

**Pritzl, K. (1994)**

"Opinions as Appearances: *Endoxa* in Aristotle", *Ancient Philosophy*, 14, 41-49.

**Raphael, S. (1974)**

"Rhetoric, Dialectic and Syllogistic Arguments. Aristotle's Position in "Rhetoric" I-II", *Phronesis*, 19, 153-167.

**Robinson, R. (1930)**

"The Historical background of Aristotle's *Topics VIII*" en: G.Ryle (ed.) *Proceedings of the 7th International Congress of philosophy*, Oxford.

**Ross, W.D. (1959)**

"Aristotle", New York, (First edition: London, 1924).

**Raphael, Sally (1974)**

"Rhetoric, Dialectic and Syllogistic Argument: Aristotle's Position in *Rhetoric* I-II", *Phronesis* 20, pp.153-167.

**Solmsen, F. (1929)**

"*Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rhetorik*", Berlin.

**Thurot, C. (1860)**

"Études sur Aristote. Politique, dialectique, rhétorique". Paris.

**Upton, T.V. (1993/94)**

"The Role Of Dialectic and Objections in Aristotelian Science", *Southern Journal of Philosophy* 22, 241-56.

**Weil, E. (1951)**

"La place de la logique dans la pensée aristotélicienne", *Revue de Metaphysique et de Morale* 56, 283-315.

**Wieland, W. (1960/1)**

"Aristotle's *Physics* and the problem of inquiry into principles", *Kant Studien* 52, 206-19.

**Wieland, W. (1970)**

"Die Aristotelische Physik", 2. ed. Göttingen.